

Muy buenas ganas le tengo.
Mas pues que todo está en orden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos.

(Vase.)

PIERRES.

(Se va incorporando al paso que se re-
tira Alarcon, y cuando éste desapa-
rece, se levanta y va como detrás de
él hácia la puerta.)

Señor Alarcon, mil gracias
por sus cortesés requiebros,
y por las ganas tambien.

Reviente con ellas presto.

(Viene al medio de la escena.)

En mi vida me ha cabido

dósis más grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo ménos.
¡Pues si oliera!... No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevarais tan grande
que os dejara patitieso.

(Se acerca al lecho del rey.)

Señor, ya se fué.— Durmióse.

Pues no es mal cuajo por cierto!

... Mas ha hecho bien á fe mia.

A seguir voy yo su ejemplo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

Salon del alcazar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto
á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado
de escribir, y EL CONDE de pié junto al sillón.

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á más tardar.

CONDE. Tambien yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia,
más de un año prisionero
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero tambien en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el francés
arrollase...

EMPERADOR. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor,
¡ay de aquel que la pretenda!
Del imperio, ó de la España,
siempre la Italia será,
y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescara, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina,
Leiva, Santillana, Encina,

CONDE. y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados
y tan nobles capitanes,
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Sí, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo,
conque, ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis piés, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,
que la morisma postrada...

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada,
que espera hace rato audiencia.

CONDE. (Acercándose á la puerta.)
El alcalde.

Sale EL ALCALDE, hace una profunda
reverencia, hincó una rodilla en tier-
ra é inclina en ella la vara.

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor...

EMPERADOR. (Grave.) De la tierra, alcalde, alzado,
y alzado la vara, que yo
acato tambien, y no
la quiero en tierra. Llegad,
(Se levanta y acerca el alcalde.)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,

y que habeis vos permitido con escándalo en Madrid?

ALCALDE. ¡Señor!

EMPERADOR. *(Severo.)* ¿Os parece nada que se turbe, donde asisto, el reposo, ¡vive Cristo! de la noche sosegada? ¿Que se atropelle y se asombre á habitantes desarmados, que pasean descuidados, y esto sólo por un hombre? ¿Que á los que salen á dar inocentes alboradas se les dé de cuchilladas, sin amparo alguno hallar? ¿Y que á la santa justicia, á una ronda, á vos, en fin, se insulte, y se ofenda, sin atajar tanta malicia?...
(*Turbado.*) Es cierto...

ALCALDE.

EMPERADOR.

Nada digais.

Lo que anteanoche ocurrió, y lo que hubo anoche, yo lo sé mejor que pensais. Y sabed (puede os importe) que no quiero yo que en balde ronde á Madrid un alcalde de mi casa y de mi corte. Despejad.

ALCALDE.

(Se retira muy turbado haciendo reverencias y dice aparte al salir.)

Turbado y loco salgo. Juro á Dios rondar mejor, y el yerro enmendar, ó tengo de poder poco. (*Vase.*)

EMPERADOR.

Entre Hernando de Alarcon.

Sale HERNANDO DE ALARCON y pone una rodilla en tierra.

ALARCON.

César invicto, postrado...

EMPERADOR.

Alzad, valiente soldado.

Llegad, noble campeón.

ALARCON.

(Se levanta y se acerca.)

Viva el generoso rey, que se complace en honrar á un anciano militar.

EMPERADOR.

Es honrarlo justa ley, que un glorioso veterano y de fama tan suprema es puntal de la diadema y apoyo del soberano.

Es prenda de la victoria, de la juventud ejemplo, y tiene altar en el templo de la sempiterna gloria.

¿Cómo estais?

ALARCON.

Viejo, aunque fuerte,

y harto ya de verme ocioso, que condenarme al reposo es condenarme á la muerte.

EMPERADOR.

Pronto á Italia habeis de ir.

ALARCON.

Si está en paz aquella tierra, mandadme donde haya guerra, que es donde os puedo servir. Que aun con esfuerzo me hallo para esgrimir el montante, llevándome por delante un escuadron de á caballo.

EMPERADOR.

De vuestro glorioso acero, arrojo y noble lealtad, buen Alarcon, en verdad aun muchos triunfos espero. ¿Y el preso?

ALARCON.

Bueno, y alarde haciendo de su paciencia.

EMPERADOR.

¿Lo visitais con frecuencia?

ALARCON.

Señor, por mañana y tarde, porque es precaucion precisa, y para mí dura, hacer requisa al amanecer, y al ponerse el sol requisa. De hacer vengo la postrera.

EMPERADOR.

¿Y cómo está?

ALARCON.

Señor, es su alteza al cabo francés, y de condicion ligera. Algunas veces, muy pocas, está hundido en el despecho, arrancando de su pecho lágrimas y voces locas; y á la tierra, y al abismo, y á los cielos amenaza; ropa y muebles despedaza, y se maldice á sí mismo. Pero á todo se acomoda, es afable, tañe, canta, con buen apetito yanta, y duerme la noche toda.

Da voces de guerra y mando, cual si un escuadron rigiera, y rie como un cualquiera con su bufon embromando. Mas cuando habla de su madre y de Francia, tierno llora; cosa que á mí me enamora, y que es justo que me cuadre.

EMPERADOR.

¿Y con vos?

ALARCON.

Siempre cortés me honra con noble atencion, y en trato y conversacion afable y discreto es. Y demuestra aficion mucha sobre guerra á platicar,

y en esta materia hablar con gran atencion me escucha.

EMPERADOR.

¿Y de mí... dice?...

ALARCON.

Jamás.

le oí decir cosa ninguna, se queja de su fortuna; ¿de vos?... No faltaba más. Lo que me pasma es su aseo y ver lo que se engalana, y lo mucho que se afana por el buen porte y arreo.

Por las tardes, cual si fuése á algun sarao, señor, se atilda con tal primor...

EMPERADOR.

Uso de su tierra es ese.

¿Y de mí qué deseais?

ALARCON.

Señor, en primer lugar veros, y humilde besar la mano con que me honrais; y en segundo suplicaros, como há un año lo reitero, me quiteis de carcelero, que no soy...

EMPERADOR.

En aliviarnos de tan ardua comision no tardaré, descuidad, que muy pronto en libertad quedará el rey, Alarcon. Mas en tanto...

ALARCON.

Obedecer me toca sólo; aunque todos mis achaques de mil modos me dan en Madrid quehacer. Con la sedentaria vida la maldita gota crece, y ya se me reverdece una herida y otra herida. No es para mí la quietud. En los sitios y batallas, vestido de duras mallas, siempre gozo de salud. Cautivar reyes mandadme, y lo haré al punto, á fe mia, como hace un año en Pavía, mas de guardarlos libradme.

EMPERADOR.

Poco tiempo os queda ya de guardar tal prisionero. La paz ventajosa espero y todo se arreglará; y con alto galardón, aunque no cual mereceis, á Italia regresareis, buen Hernando de Alarcon.

ALARCON.

Dadme á besar vuestra mano.

EMPERADOR.

Yo os la presento de amigo.

ALARCON.

(Besándola.) Mil veces á Dios bendigo

que nos dió tal soberano. (*Vase.*)

EMPERADOR.

(Al conde.) No se hallará en todo el un soldado más cabal. (*mundo*)

CONDE.

Su lealtad es sin igual, su valor es sin segundo.

EMPERADOR.

¿En la antecámara, conde, hay álguien que espere audiencia, álguien que pida justicia, álguien que gracia pretenda?

CONDE.

No, señor, ya ha recibido vuestra majestad excelsa á cuantos la honra anhelaban de veros.

EMPERADOR.

(Se levanta del sillón.)

En hora buena.

Gracias á Dios, que cumplida ya la obligacion estrecha, que el cielo impone á los reyes al ceñirles la diadema, descansar un rato puedo dando á los cuidados tregua por el plazo de la noche; que si tirante la cuerda siempre tuviese, bien pronto rompiérase la ballesta. Estar siempre de aparato, siempre en las altas esferas de políticos proyectos, combinaciones y empresas; ya con la espada de Témis siendo de los hombres regla, ya con el rayo de Jove amenazando á la tierra, postra el ánimo más grande, rinde la más noble fuerza; que al cabo hombres somos todos de frágil naturaleza.

Y diz que hasta el mismo Atlante, que el firmamento sustenta, aunque para esto tan sólo en medio de Africa reina, descanso anheló; y gozóse cuando Alcides se lo diera, tomando un rato en sus hombros el orbe de las estrellas.

Vamos, pues, algunas horas, olvidando las grandezas de trono, corona y cetro, que tanto deslumbra y pesan, á ser hombre y en la vida civil á lograr aquellas ventajas y diversiones, que nunca á palacio llegan; pues dijo bien aquel sabio que dijo, que reinar era la esclavitud más penosa,

la más dorada miseria.

CONDE. No hay en Europa monarca que más justamente deba disfrutar de algun descanso, dar á sus cuidados tregua, que vos, señor, á quien nunca tales reposos enervan, y que á estados tan diversos como os dió la Providencia, pues es ya vuestra corona un cúmulo de diademas, vuestros desvelos abrazan, vuestra vigilancia llega, vuestras miradas se extienden y vuestra mano gobierna, sin que falte la justicia, sin que el orden se subvierta, sin que un punto se descuiden su proteccion y defensa. Descansad, que es conveniente, descansad, invicto César, si recobrais descansando para el mando mayor fuerza. Y descendiendo á la vida civil un rato, encubierta la majestad, no tan sólo gozar vuestro objeto sea, sino examinar vos mismo, por vos tambien, las diversas necesidades que afligen á los vasallos; pues llegan tarde ó mal ó nunca al trono, por lo que jamás encuentran el alivio que pretenden ni los remedios que anhelan.

EMPERADOR. Decís bien, conde, y dichoso yo en mis diversiones fuera si nuevos conocimientos para gobernar me prestan. Mas no hablemos de negocios, que á los negocios dí treguas. ¿Sabes tú que todo el dia fija he tenido la idea de aquellos hombres que anoche hallamos junto á la puerta de doña Elvira, y que anhelo saber quiénes ellos sean?

CONDE. ¿Y al cabo, señor, qué importan?

EMPERADOR. Que si á ver á Elvira fueran...

CONDE. Ni tampoco en ese caso.

EMPERADOR. Yo no admito competencias.

CONDE. ¿Pues no bajais á la vida ordinaria?

EMPERADOR. Y dime, ¿en ella, ni en ninguna, en tales lances amorosas se toleran?

CONDE. ¿Con que estais enamorado?

EMPERADOR. No lo estoy, pero me empeña la discrecion y hermosura de Elvira. Y aunque no sea amor, sino pasatiempo lo que enredado me tenga, aquellos dos hombres, conde, en su calle me molestan; que aun en amores de chanza los celos matan de veras.

CONDE. Pues yo estoy, señor, dispuesto, y sin que nadie lo sepa, á limpiar la calle.

EMPERADOR. Conde, satisfecho no se queda en estos lances de celos, que al amor propio interesan, si cuando hay que andar á golpes se aplican por mano ajena.

CONDE. Y ¡qué, señor!... ¿vos?...

EMPERADOR. ¿Acaso no puedo lo que otro pueda? Y descendiendo á la clase de un particular, es fuerza que á las duras y maduras de tal condicion me atenga.

CONDE. Pero sois quien sois al cabo.

EMPERADOR. Pues te juro que desea mi pecho algun lance de estos en que lucir mi destreza.

CONDE. Se ve, señor, que sois mozo.

EMPERADOR. Sí, lo soy, no es extrañeza que, sin faltar á sagradas obligaciones, divierta el ánimo en tales cosas. Pronto en vida más estrecha, mudando de estado, conde, me verás.

CONDE. Pliegue á Dios sea pronto, que ya aguarda el mundo, señor, con justa impaciencia del tal leon los cachorros, que el dominio de la tierra aseguren para siempre en vuestra prosapia excelsa.

EMPERADOR. Avanzada está la noche. Dí que me sirvan la cena, en tanto que me disfrazo para ir á dar una vuelta.

CONDE. ¿Saldré con vos?...

EMPERADOR. No es preciso. Quédate aquí, y está alerta; y si llegase el correo que tanto nos interesa, irás á avisarme al punto, pues sabes dónde, y la seña. (*Vase.*)

CONDE. Sólo obedecer me toca, señor, las órdenes vuestras.

ESCENA II

Sala de casa particular con mesa y sillas y dos candeleros con luces.
Sale D.^a LEONOR.

D.^a LEONOR. ¿Si seré tan desdichada como anoche ¡ay Dios! lo fui, y estaré esperando aquí para quedarme burlada? Aun nada he sabido, nada, de lo que anoche ocurrió. El que la ronda encontré fué don Juan, esto es lo cierto. Le importa estar encubierto... ¿Pues por qué lo espero yo? Si otro encuentro ha de tener, si por mí ha de peligrar, no me venga, no, á rondar, no me venga nunca á ver. Paciencia sabré tener en la ausencia y el olvido, porque mi amor no es fingido; ántes es tan puro y fuerte, que preferiria la muerte á verle comprometido. Tambien el emperador (que por más que disimula mi prima, aunque hartó la adula, es su amante rondador), anoche, ¡duro rigor! vió á don Juan y está celoso. Esto me quita el reposo y todo, todo lo temo, que siempre hay peligro extremo en turbar al poderoso. Mas segun es esforzado don Juan, ¡ay triste de mí! por venir á verme, sí, todo lo expondrá arriscado. Esto aumenta mi cuidado, esto mi ansiedad mantiene, esto afanosa me tiene; y es tal mi dolor prolijo que si no viene me aflijo, y me aflijo por si viene. Aquella carta primera, que me escribió este francés, y que así rindió á sus piés mi condicion altanera, ¿era hechizo?... ¿rayo era? ¿O con qué tinta encantada, ¡cielos! estaba trazada, que así el pecho me incendió, que así el alma me robó,

que así quedé enamorada? Y su talle, y su expresion, y su hablar, y hasta el venir á un rey vencido á servir, que es noble y gallarda accion; cuanto en él vió mi atencion todo me enciende y cautiva, todo mi pasion aviva, todo, cielos, me enloquece, y tan sólo me parece que para amarle estoy viva. Mas... ¿quién es? Un caballero, caballero de alta ley, que tal lealtad á su rey lo publica al orbe entero. Y... sea quien fuere, le quiero, y me quiere. Loca estoy; ni se ¡ay triste! lo que soy ni qué ventura pretendo, ni yo á mí misma me entiendo; ciega y despeñada voy.

Sale DOÑA ELVIRA.

D.^a ELVIRA. Esta noche, venturosa vas, querida prima, á ser, y no tardarás en ver al que esperas amorosa.

D.^a LEONOR. ¿Seré, Elvira, tan dichosa?

D.^a ELVIRA. ¿Y por qué no, mi Leonor?

D.^a LEONOR. Porque del cielo el rigor se complace en perseguir...

D.^a ELVIRA. No debes eso decir. Fué mera casualidad lo de anoche.

D.^a LEONOR. Sí, es verdad, mas se puede repetir.

D.^a ELVIRA. No, prima. Ya está acostado nuestro tío, y puede entrar, sin que tenga que aguardar, en cuanto llegue, tu amado.

D.^a LEONOR. ¿Y vendrá?...

D.^a ELVIRA. ¿Quién lo ha dudado? vendrá. Mas forzoso es encargarle que despues al salir no se detenga, no sea que el otro venga, y... ¡fuera expuesto, ya ves!

D.^a LEONOR. Pues por el encuentro ya de anoche afligida estoy, y aun me recelo que hoy por él don Juan no vendrá.

Sale LEONARDA.

LEONARDA. Señora, en la calle está tu galan, hizo la seña, y baja á abrirle la dueña.

D.^a LEONOR. ¡Ay! ¡gracias á Dios! Respiro.
D.^a ELVIRA. Ya sube. Yo me retiro. (*Vase.*)
D.^a LEONOR. ¡Cuánto su arrojo me empeña!

Salen EL REY, PIERRES y ANACLETA.

REY. ¡Oh mi encanto, oh Leonor bella!

D.^a LEONOR. Un sueño se me figura veros aquí.

REY. El alma mia tambien de tal dicha duda. Una ilusion me parece, que mi contraria fortuna engañosa me presenta, para burlarla sañuda y agrandar con falsas dichas mis verdaderas angustias.

D.^a LEONOR. ¿Cómo habeis estado?

REY. Como el universo si á oscuras veinticuatro horas pasase, sin ver el sol que lo alumbrá.

PIERRES. Nada exagera, señora. Mas permítele á mi sucia boca que mejor te pinte el triste estado que...

REY. Excusa bufonadas.

D.^a LEONOR. No, dejadle. Sabeis que su humor me gusta. (*Se sienta y ofrece silla al rey.*)

PIERRES. Pues con esa salvaguardia, por más que mi señor gruñá, allá voy; no á relatarte eso de orbe, sol y luna, de oscuridades, de luces, y otras gentiles locuras, que á personas de juicio las joroban y estrangulan...

REY. ¿Pues qué dirás, majadero?

PIERRES. Diréle, señor, en suma, que has estado hecho un orate, un alma en pena, una grulla, y un camello. Y tú, señora, que es cierto verás si escuchas.

D.^a LEONOR. Dí.

PIERRES. Ha querido, como loco, mi señor darme una tunda: ha roto muebles y espejos, y ha armado gentil trifulca. Cual alma del purgatorio ha sido la quinta angustia; diciendo que se quemaba el corazon y asaduras, ardiendo en un vivo fuego, que no le hacia ni una pupa; y que la dulce esperanza,

más dulce que miel ó azúcar, de veros hoy, lo alentaba, y la de gozar la suma gloria de este paraíso, viniendo á las plantas tuyas. Toda la noche ha pasado en un pié, como aseguran que el ave, que dije, suele; y toda en ropas menudas cerca de la lamparilla, á cuya luz moribunda ya repasaba tus cartas, ya una trenza hermosa y pulcra besaba de tus cabellos, diciendo sandeces muchas. Lo del camello aquí encaja, que no es (Dios me guarde) injuria. Hace veinticuatro horas que está don Juan en ayunas, caminando en el desierto de mil ideas confusas. No comer en tanto tiempo, y sin dejar la andadura, vive Dios que lo hace sólo aquel animal. Discorra ahora tu ilustre belleza si son ó no inoportunas mis cuatro comparaciones con orate, ánima, grulla y camello; pues mi amo lo que estos cuatro hacer usan lo ha hecho el tiempo que hace estamos sin ver esa cara chusca.

REY. No sé cómo os hace gracia.

D.^a LEONOR. Lo que me dice me adula. ¿Y me ha nombrado á menudo vuestro señor?

PIERRES. ¿Eso dudas?

Más Leonores ha ensartado que hay en las vendimias uvas, que hay letras en un proceso, que hay en un podenco pulgas. Cuando á Leonorar se pone, debe pensar quien lo escucha que un siglo de perdonanza logra por romana bula, cada vez que Leonor dice y que sus letras pronuncia. No sueltes más necedades.

REY. (*Empieza á hablar aparte con doña Leonor.*)

PIERRES. Ya no me queda ninguna, que el tesoro de mis chistes en un momento se apura.

(*A Leonarda.*)

Y tú, morena sabrosa,

más que ecijana aceituná, ¿cómo lo pasé en tu ausencia, ni siquiera me preguntas? Señor gabacho, ya sabe que soy muy de veras suya; y por sí, como su amo, tambien se viene en ayunas, conmigo hácia la cocina puede caminar si gusta, y topará con los restos de un ánade y una trucha, y con un trago.

PIERRES. ¿Alaéjos?

LEONARDA. Alaéjos del que echa pullas.

PIERRES. Eso pido, y buenas noches. Vamos allá, pese á Judas, miétras mi amo y tu señora se atortolan y se arrullan, diciéndose desatinos, que amor sublime intitulan.

(*Vase con Leonarda.*)

ANACLETA. (*Aparte.*) Ser tercera de señoras, aunque muy poco me gusta, es mi oficio; mas me pudre serlo de esta pelandusca.

Y el que se esconda con Pierres ni me coca ni me azuza, mas cuando va con Tomate me convierto en una furia.

D.^a LEONOR. No te duermas, Anacleta.

ANACLETA. Bien podeis estar segura, pues pasando mi rosario no me vence el sueño nunca.

D.^a LEONOR. Observa atenta á mi tío, no se despierte, trasluzca que no estamos acostadas, y alguna desdicha ocurra.

ANACLETA. (*Aparte, yéndose.*)

Malditas sean estas tocas, y los cincuenta que abruman mis costillas, y convierten á una mujer en lechuza.

Pues con todo no me truoco por Leonarda, ni por... muchas otras aun más estiradas.

Y si tuvieran cordura los mozalvetes, sabrian que aunque parecemos tumbas las dueñas, con estos sayos, tenemos fresca la injundia, y el corazon, y unas carnes mejores que ahora se usan; que al cabo estas damiselas son sólo unas aleluyas, y en quitándoles las joyas, los postizos y las mudas,

con todos sus verdes años parecen pollos sin plumas. (*Vase.*)

D.^a LEONOR. ¡Ay don Juan! Estoy tan loca que lo que en el alma siento en este feliz momento no sabe expresar mi boca.

REY. ¿Es verdad cuanto me habláis? (*Con melancolía y vehemencia.*)

Mucho más grande, Leonor, mucho más grande mi amor es, de aquello que pensais.

D.^a LEONOR. Mas ¿por qué tanta reserva sobre vuestro plan futuro, y ese misterioso muro entre los dos se conserva?

Vuestro corazon inquieto á un no sé qué, que disgusta mi pecho, y que mi alma asusta, conozco que está sujeto.

Y al pintarme vuestro afán, de que no dudo, una espina os punza, con que no atina mi pensamiento, don Juan.

REY. (*Afligido.*) Es tan rara mi ventura, que amaros correspondido me tiene en un mar hundido de dolor y de amargura.

Y ojalá, jamás os viera, y vuestro pecho jamás...

D.^a LEONOR. Cada vez ¡ay cielos! más aumentais mi angustia fiera.

REY. Un enigma oscuro soy, un desdichado francés, que el alma rindió á tus piés y que sólo...

D.^a LEONOR. Muerta estoy... ¿No sois caballero?...

REY. Sí, más que el sol.

D.^a LEONOR. ¿Libre?

REY. Tambien.

D.^a LEONOR. ¿No me amais?

REY. (*Con vehemencia.*) ¡Ay!... Sois mi bien, mi encanto, mi frenesí.

D.^a LEONOR. ¿Y seguro de que os quiero?...

REY. Segurísimo, Leonor; y el deberos tanto amor es mi martirio el más fiero, es mi gloria la más alta, es mi pena la más dura, es mi más grande ventura, la que á los cielos me exalta. Es mi vida y es mi muerte, mi infierno, mi paraíso; que en mi pecho apurar quiso tantos contrastes la suerte.